



Mensaje de Monseñor Raymundo Damasceno Assis, Presidente del CELAM a la Junta Directiva de la CLAR

Brasilia, 22 de Marzo de 2010

Queridas hermanas y hermanos

Al dirigirme a ustedes, elevo mis súplicas al Señor, que ha venido no a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por todos (cf. Mt 20,28), por el éxito de este encuentro, y les ofrezco un saludo entrañable, en nombre del CELAM, que presido. Me resulta muy placentero estar con ustedes, dada la importancia que tiene esta reunión, tanto por quienes la componen como por el trascendental tema que se abordará en ella: *Impulsar la escucha de Dios donde la vida clama en Haití, la CLAR, nuestras conferencias y nuestras comunidades.*

Mi saludo cordial y fraterno a las y los miembros de la Junta Directiva de la CLAR, elegida en la Asamblea de junio del 2009 (Asamblea en la que el CELAM fue representado por Mons. Ignacio Gogorza, obispo responsable de la Sección de Vida Consagrada):

1. A su Presidente: Hno. Pablo Petry, Brasil
2. A la Primera Vicepresidente: Hna. Mercedes Casas Sánchez, México
3. Al Segundo Vicepresidente: P. Juan Pablo Zabala Torres, Bolivia
4. A la Tercera Vicepresidente: Hna. Rosa Lenis Gutiérrez, República Dominicana
5. Al Cuarto Vicepresidente: Hno. Ángel Medina, Paraguay
6. Al Secretario General: P. Gabriel Naranjo Salazar, Colombia

7. A la Secretaría Adjunta: Hna. Rosa María Moreno Rodríguez, México
8. A las y los presidentes de cada una de las Conferencias Nacionales de Religiosas y Religiosos del Continente
9. Y a todas y todos los invitados especiales

Nos ha recordado Aparecida que como discípulos de Jesucristo, nos sentimos interpelados a discernir los *“signos de los tiempos”*, a la luz del Espíritu Santo, para ponemos al servicio del Reino, anunciado por Jesús, que vino para que todos tengan vida y *“para que la tengan en plenitud”* (DA 33). Esto es lo que queremos hacer en este encuentro al escuchar el clamor de vida y de solidaridad, en Haití y en tantas otras situaciones de nuestro continente. Similar esfuerzo hemos hecho en nuestra reunión con los Secretarios Generales de las Conferencias Episcopales del continente, la semana pasada en Bogotá, donde las realidades que nos congregan acá también fueron abordadas a profundidad.

Los discípulos y discípulas de Jesús somos interpelados fuertemente por la realidad que nos ha correspondido vivir. De modo particular, los dolores de los más pequeños se convierten en los ecos que magnifican la Palabra del Señor en nuestros corazones. Los desastres naturales que tanta destrucción y llanto han causado en nuestros pueblos recientemente, particularmente en Haití y Chile, la situación de pobreza magnificada por la crisis económica internacional, que como lo afirmó nuestro equipo de asesores del Departamento de Justicia y Solidaridad recientemente (mensaje de febrero 2010), afecta en este momento a nueve millones más de latinoamericanos que un año atrás, las trágicas denuncias por los escándalos de algunos hermanos nuestros, son sólo algunas de las muchísimas situaciones que demandan nuestra atención. En todas ellas se elevan los gemidos del pueblo al Salvador que ha venido para que tengamos vida en abundancia (cf. Jn 10,10), clamores que nuestra Iglesia escucha con atención y asume como propios.

Responder a estos gritos exige que todos los miembros de la Iglesia, revisemos y transformemos nuestra forma de responder al Señor con nuestra praxis pastoral. Usando las palabras de Aparecida:

La conversión personal despierta la capacidad de someterlo todo al servicio de la instauración del Reino de vida. Obispos, presbíteros, diáconos permanentes, consagrados y consagradas, laicos y laicas, estamos llamados a asumir

una actitud de permanente conversión pastoral, que implica escuchar con atención y discernir “lo que el Espíritu está diciendo a las Iglesias” (Ap 2, 29) a través de los signos de los tiempos en los que Dios se manifiesta (DA 366).

Ustedes, hermanas y hermanos, y las comunidades que representan, tienen un papel particularmente importante en este proceso de diálogo con la realidad y de anuncio de la esperanza en Cristo en medio de situaciones tan complejas. Por eso resuenan fuertes las palabras del Santo Padre Benedicto XVI en su homilía de la celebración de vísperas en la fiesta de la Presentación del Señor y XIV jornada de la Vida Consagrada el martes 2 de febrero del 2010: Las personas consagradas están llamadas de modo especial a ser testigos de esta misericordia del Señor, en la cual el hombre encuentra su salvación. Elevo mi oración al Padre para que este encuentro nos ayude a ser testigos de la Misericordia del Padre en las circunstancias actuales del Continente.

En la misma homilía añadió el Santo Padre:

Elevemos al Señor un himno de acción de gracias y de alabanza por la vida consagrada. Si no existiera, el mundo sería mucho más pobre. Más allá de valoraciones superficiales de funcionalidad, la vida consagrada es importante precisamente porque es signo de gratuidad y de amor, tanto más en una sociedad que corre el riesgo de ahogarse en el torbellino de lo efímero y lo útil (cf. *Vita Consacrata*, 105).

La Vida Consagrada, en cambio, testimonia la sobreabundancia de amor que impulsa a “perder” la propia vida, como respuesta a la sobreabundancia de amor del Señor, que “perdió” su vida por nosotros primero.

Por eso esta reunión es también momento propicio para dar gracias al Señor por cada una de las comunidades religiosas, precioso tesoro, para la Iglesia del continente. Sin ellas, nuestra Iglesia verdaderamente sería más pobre.

La V Asamblea del Episcopado, para la que ustedes hicieron grandes aportes, afirma en su documento conclusivo:

En la actualidad de América Latina y El Caribe, la vida consagrada está llamada a ser una vida discipular, apasionada por Jesús-camino al Padre misericordioso, por lo mismo, de carácter profundamente místico y comunitario. Está llamada a ser una vida misionera, apasionada por el anuncio de Jesús-verdad del Padre, por lo mismo, radicalmente profética, capaz de mostrar a la luz de Cristo las sombras del mundo actual y los senderos de vida nueva, para lo que se requiere un profetismo que aspire hasta la entrega de la vida, en continuidad con la tradición de santidad y martirio de tantas y tantos consagrados a lo largo de la historia del Continente. Y al servicio del mundo, apasionada por Jesús-vida del Padre, que se hace presente en los más pequeños y en los últimos a quienes sirve desde el propio carisma y espiritualidad (DA 220).

Para presentar la Buena Noticia a la cultura actual nuestras Iglesias particulares han optado por el proceso de la Misión Continental, expresión concreta en el Continente de la misión permanente de la Iglesia para que este proceso tenga el impacto requerido es necesario el esfuerzo compartido de todos nosotros. Sólo la sensibilidad a la Palabra de Dios en la Escritura y la mirada atenta a sus signos en la historia pueden permitirnos, animados por la oración y la eucaristía, presentar respuestas desde el Evangelio a tantas situaciones que demandaran nuestra atención estos días.

Que Dios Padre nos asista con su amor, nos dé las luces de su Espíritu y la gracia de su Hijo Jesucristo en nuestros trabajos y que la Virgen María, Madre de la Iglesia, interceda para que nuestros esfuerzos por los pequeños del Señor produzcan fruto abundante y duradero.

Muchas gracias

+ Raymundo Damasceno Assis
Arzobispo de Aparecida, Brasil
Presidente del CELAM